

Para escitar al pueblo á la sedicion, Henriot, consable desnudo, y á la cabeza de su estado mayor, púsose á recorrer las calles clamando: ¡“A las armas para salvar á la patria!”! Al atravesar el arrabal de S. Antonio, encontróse con el gentío que acompañaba á ochenta presos á quienes se conducia, como de ordinario al patíbulo. La turba habia detenido los carros y pedia á grito que se dejase libres á las víctimas; pero Henriot tuvo la crueldad de mandar que continuasen á la muerte, y todos fueron inmolados. A su regreso, encontráronle dos miembros de la Convencion en la calle de S. Honorato, y habiendo estos logrado hacerse obedecer por algunos soldados de caballería que allí se hallaban, detúvosele, y se le condujo maniatado ante la Comision de Seguridad general. En aquella sazón aseguróse por otro lado la persona de Payan, agente de los terroristas, de suerte que parecia triunfar la Convencion, supuesto que tenia en prision á sus principales enemigos (1).

Empero volvieron á sobreponerse los sedicio-

---

del antiguo régimen por haberse robado los fondos de su compañía de farsantes; Bourdon de l'Oise ese eterno calumniador de la municipalidad de Paris; Barrere, dócil instrumento de toda faccion dominante; y un Tallien y un Fréron, íntimos amigos del infame Danton. ¡A las armas! ¡a las armas! no perdamos á los frutos adquiridos el 18 de Agosto y el 2 de Junio. Mueran los traidores.—Hist. de la Conv., IV, 160, 161.

(1) Lac. II, 109. Toul IV, 384, 385. Mig., II, 341. Th., VI, 442, 443. Hist. de la Conv. VI, 164.

Es puesto en libertad Robespierre, despues de su prision.

Es puesto en libertad Robespierre, despues de su prision. sos, entre las seis y las siete, á consecuencia de la dispersion de los miembros de la asamblea y de las enérgicas medidas que la municipalidad tomara. Habia sido conducido Robespierre á la Consergería, y los demas conspiradores habian sido encerrados en otras de las diversas cárceles de Paris. Los magistrados despacharon destacamentos con la orden de que los libertasen; Robespierre fué en breve llevado en triunfo al palacio municipal, donde se le recibió con extremo entusiasmo, y á poco se le incorporaron su hermano y Saint-Just. Coffinhal marchó á la cabeza de 200 artilleros á poner en libertad á Henriot; llegó á la plaza del Carrousel, y habiendo forzado la guardia de la Convencion, penetró á los salones de la Comision de Seguridad general, y se sacó consigo al interesante caudillo (1).

Reunióse á las siete la asamblea. Inmediatamente comunicóse la noticia de los terribles triunfos que habian obtenido los sediciosos, de las medidas revolucionarias que habian tomado, de la libertad de los triunviros, de la reunion que se habia operado en el palacio municipal y de la convocacion que se habia dirigido á las comisiones revolucionarias y á las secciones. En medio de la consternacion que causaran estas noticias, presentáronse despavoridos los miembros de ambas juntas, á quienes se habia lanzado de

(1) Mig., II, 342. Th., IV, 445. Lac., XI, 109.

sus puestos, dando aviso de haber sido forzadas las Tullerías, de haberse puesto en libertad á Henriot, y de hallarse circundada la Convencion por fuerza armada. Habia llegado á su colmo la agitacion, cuando llegó Amar diciendo que los terribles artilleros habian abocado sobre el salon de sesiones sus piezas. "Ciudadanos," dijo el presidente cubriéndose el rostro con su toga, "ha llegado la hora de que muramos en nuestros puestos." "Estamos prontos á morir;" exclamaron los miembros. Animados por esta resolucion sublime, ocuparon todos sus asientos y prestaron unánimes el juramento. Al mismo tiempo, desapareció de las galerias la tumultuosa plebe que las ocupaba (1).

En tan críticas circunstancias, Tallen y los suyos se condujeron con aquella firmeza que con tanta frecuencia asegura, en tiempos de revolucion, el triunfo. "Todo conspira," dijo, "á dar á la Convencion la victoria y á cimentar la libertad de la Francia. Robespierre, por medio de su sedicion, nos ha habierto el único sendero que se pueda tomar para anonadar á los tiranos. Gracias al cielo que nos presenta el medio de que para libertar á la patria no nos veamos en la necesidad de esperar á las dudosas decisiones de un tribunal que está lleno de las criaturas del que la oprime. El mismo se ha labrado

(1) Lac., XI, 112. Mig., II, 342. Th., VI, 446, 447. Toul., IV, 380-383, 386. Hist. de la Conv., IV, 179.

declarémosle fuera de la ley en union de todos sus cómplices; incluyamos á la rebelde municipalidad en el decreto; sitiémosle en el centro mismo de su poder; convoquemos inmediatamente á las secciones; y hagamos que con obras se manifieste el honor público. Nombrad quien se encargue del mando de la fuerza armada; no debeis vaciar; porque en lucha como la que sostenéis, el que primero toma la ofensiva, es el que vence." Inmediatamente se promulgaron todos estos decretos; declaróse fuera de la ley á Henriot y confirióse á Barras el mando de la fuerza militar. Fréron, Bourdon de l'Oise y varios otros hombres decididos, tomaron parte con él en este deber peligroso. Tomóse por centro de las operaciones á la junta de Seguridad pública; mandóse tocar generala, y enviáronse inmediatamente á todas las secciones emisarios que las convocasen á tomar la defensa de la Convencion (1); al mismo tiempo envióse un macero á la municipalidad con órden de que se presentasen sus miembros á la barra de la asamblea; pero era tal el orgullo que inspiraba á aquel cuerpo la esperanza de su próximo triunfo, que la contestacion que dió fué ésta: "Sí, iremos á la barra, pero á la cabeza del pueblo insurreccionado (2)."

En tanto que se ocupaba el gobierno en to-

[1] Toul., IV, 387. Th., VI, 447, 448. Lac., XI, 112, 113. Mig., II, 342.

(2) Hist. de la Conv., IV, 177.

Los artilleros dejan abandonado á Henriot en la plaza del Carrousel.

mar estas enérgicas medidas, arregaba Henriot, en la plaza del Carrousel, á los artilleros. De la resolución que estos tomasen dependia la suerte de la Francia; si Henriot hubiese llegado á persuadirles que entrasen en acción, habria quedado destruida la Convencion antes de que la hubiesen podido llegar de los remotos barrios de la capital, los auxilios que de ellos esperaba. Afortunadamente no se resolvieron á hacer armas contra el cuerpo legislativo, y la circunstancia de haberse rehusado á ello, dió un favorable término á los sucesos de aquel dia. Amilanado por esta inesperada indocilidad de las tropas, é inquieto por la grito que elevaba la muchedumbre tan luego como se hicieron públicos los decretos de la asamblea, retiróse al palacio municipal, seguido de la fuerza armada, y la Convencion que poco antes se viera sitiada, transformóse presto en sitiadora. [1].

En breve encontróse Paris en una agitación violentísima. El toque á rebato convocaba á los ciudadanos al palacio municipal, y llamábales á la Convencion el de generala. Los diputados de la asamblea y los comisionados del cabildo, encontráronse en las secciones, y esforzáronse unos y otros por asegurar el predominio á las impor-

[1] Lac., XI, 113. Toul., IV, 387, 388. Mig., II 343. Th., VI, 448.

tantes corporaciones á que pertenecian. Veíase al pueblo correr por todas partes á las armas; las calles estaban llenas de numerosos pelotones dirigiéndose á sus diversos puntos de reunion; oíanse salir de distintas columnas los gritos de *Vive la Convention! Vive la Commune!* [Viva lo Convencion, Viva el Cabildo.] Segun la opinion que dominaba entre los individuos que la formaban; y al mismo tiempo el ruido de las piezas de artillería y de los carros de municiones que á la luz de teas se encaminaban en direccion del palacio municipal, inspiraba un funesto presagio acerca de la lucha que estaba á punto de trabarse [1].

Los emisarios del cabildo fueron los primeros que llegaron al punto de reunion de las secciones; pero la guardia nacional, inquieta é irresoluta, vacilaba en obedecer las intinaciones de los magistrados. Lo mas que hicieron los individuos que la formaban, fué enviar diputaciones al cabildo para informarse del estado que los negocios guardaban. Entretanto circulaban con rapidez las noticias de la prision de Robespierre, é introducian un rayo de esperanza en el alma de los numerosos proscriptos que se hallaban en la ciudad ocultos. Con pasos trémulos salian de sus escondites, y acercándose á las columnas de sus conciudadanos, les suplicaban que prestasen su cooperacion al esterminio del tirano. Muchos ánimos encontrábanse ya decididos, y los que no lo estaban, se mostraban ir-

[1] Lac., XI, 115. Mig., II, 343. Toul., IV, 388.

resolutos, cuando se presentaron á las diez de la noche los enviados de la Convencion, trayendo la noticia de los decretos que aquella corporacion promulgara, haciendo saber la convocacion que dirigia la asamblea á los ciudadanos para que la auxiliasen, el nombramiento de comandante en gefe de las tropas, y que el punto de reunion era la representacion nacional. En

Se declaran por la Convencion de las secciones. vista de esto, decidiéronse las secciones; los batallones de la guar-

dia se pusieron en marcha por todas partes hácia la Convencion y desfilaron por el salon de sus sesiones en medio de los mas entusiastas aplausos. A media noche hallábanse reunidos sobre tres mil hombres. "Los momentos son preciosos, dijo Fréron; ha llegado el tiempo de que obremos. Marchemos inmediatamente sobre los rebeldes; intimémosles en el nombre de la asamblea quienes entreguen á los traidores, y si se negaren á ello reduzcamos el palacio municipal á cenizas." "Marchad, dijo Tallien, procurad que cuando comience á alumbrar el sol, no haya uno solo de los conspiradores con vida." Obedeciéronse inmediatamente la órden; dejóse algunos batallones y piezas de artilleria para que guardasen á la asamblea, y las demas fuerzas á las órdenes de Barras, se pusieron en movimiento, á media noche, sobre los insurgentes. La noche estaba oscura; la luna disipaba apenas con una escasa luz las tinieblas; pero la iluminacion de las casas, acto al cual habian compelido los terroristas al vecindario, prestaba una

abundante luz que se proyectaba sobre las tropas que guardando un profundo silencio y formando compactas columnas, marchaban de las Tullerías, á lo largo de los muelles del rio, en direccion de la plaza de Greve, que era donde tenian su cuartel general los sediciosos [1].

Entonces volviéronse tan violento el tumulto, que hubo al fin de llegar á las cárceles el rumor que se oia. Los desventurados habitantes de ellas aplicaban sus oidos á los barrotes de las ventanas, prestaban atencion á cada eco que percibian, temiendo que toda aquella conmocion fuese el preludio de otra matanza general de presos. En breve, sin embargo, los abatidos semblantes de los carceleros, cierto secreteo con los que formaban las listas de proscriptos, y la consternacion en que se veia sumergidos á estos miserables, hicieron penetrar un rayo de esperanza en aquellos aflijidos ánimos. Poco despues descubrieron por algunas palabras inconexas que oian proferir por las calles, que Robespierre corria peligro; los deudos de los enarcelados, poniéndose bajo sus ventanas, les informaron por señas de lo que pasaba, y entonces el júbilo de los reclusos manifestóse de la manera mas vehemente y tumultuosa [2].

Entretanto habíanse reunido en crecido número

(1) Mig., II, 343, 344. Lac., XI, 114, 116. Toul., IV, 389. Hist. de la Conv., 189, 190.

[2] Th., VI, 450, 451.

Preparativos que se hacen en el palacio municipal

ro, en el palacio municipal, los secuaces de Robespierre que se componian casi en su totalidad de los artilleros y de la fuerza armada que mandaba Henriot, la cual constaba de lo mas bajo de la plebe. La plaza de Greve hallábase cubierta de piezas de artillería, bayonetas y picas; habiase recibido con el mayor entusiasmo á Robespierre, y la libertad de Henriot habia elevado á su mayor extremo la confianza de los conspiradores. Pero á medida que se adelantaba la noche, no viendo llegar las columnas de guardia nacional que aguardaban, ibase convirtiendo esta confianza en los mas sinistros presagios. Ni aun en el arrabal de San Antonio, que habia sido el constante foco de las sediciones, pudieron conseguir alzar al populacho los delegados del cabildo. “¿Qué ventajas hemos alcanzado?” decia, “de todas nuestras insurrecciones? ¿Qué ha hecho en bien de nosotros Robespierre? ¿Dónde están los bienes, dónde los campos que nos prometió? ¿En momentos en que estamos pereciendo de hambre, espera saciarnosla presentándonos el espectáculo de los cien aristócratas que envia diariamente al cadalso? ¿Se ha supuesto acaso que somos Caníbales y que nos alimentamos con carne y sangre humana? Pues nada ha hecho por nosotros, nada habremos [1] de hacer por él.” Esto decia el populacho en el

(1) Lac., IX, 114, 115. Mign., II, 344. Toul., IV, 89.

barrio mas sedicioso de Paris; habíase agotado la furia de las innovaciones, y aun la parte mas baja del pueblo estaba disgustada de los gobernantes que por sí misma habia elegido.

A media noche comenzó á correr muy valido el rumor ante las filas de los sediciosos, de que se habia puesto fuera de la ley al cabildo, de que habian tomado la defensa de la Convencion las secciones, y de que sus fuerzas avanzaban sobre los insurgentes. Para neutralizar el efecto que podian producir estas noticias en los ánimos, leyó Payan en alta voz en el salon del consejo el decreto de la Convencion, y agregó á él los nombres de todos aquellos del partido que se hallaban en la galería, esperando atraerles, por medio de la desesperacion, á la causa de Robespierre; pero este paso produjo un efecto contrario al que deseaban, porque todos inmediatamente tomaron la fuga dejando la galería desierta. No presentaban mejor aspecto los negocios de puertas afuera. Habia sobre dos mil hombres situados en la Plaza de Greve con un respetable tren de artillería; pero habíales hecho desmayar considerablemente la defeccion de sus conciudadanos, cuando á la claridad de las teas percibieron las cabezas de las columnas de guardia nacional que iban desembarcando por todas las avenidas que á la plaza conducia. Aquel momento fué terrible; diez piezas de la artillería de la Convencion estaban colocadas en batería, y los artilleros del cabildo, con mecha encendida en ma-

no, se conservaban al lado de su cañones en dirección opuesta á aquellas. Pero triunfó el poder de la ley; leyóse á la luz de las teas el decreto del cuerpo legislativo, y no quisieron resistirse á él los sediciosos (1). Algunos emisarios de la Convencion se mezclaron entre los partidarios del cabildo y gritaron: *¡Vive la Convention!* conmoviéronse los insurgentes con la arenga que les dirigió Meda, comandante de la artillería nacional, y á poco tiempo hallábase la plaza de Greve desocupada, retirándose unos artilleros á sus casas y pasando otros á las filas de los defensores de la asamblea.

Bajó Henriot la escalera del palacio municipal, pero observando que la plaza se habia quedado vacía, prorrumpió en maldiciones contra sus desleales secuaces que habian abandonado en su mayor parte al monarca el 10 de Agosto reuniéndose aceleradamente á sus camaradas. Los conspiradores, encontrándose sin apoyo, se abandonaron al desaliento; la guardia nacional se arrojó con rapidez á las escaleras é invadió el salon donde Robespierre y los gefes de la sedicion se hallaban reunidos. Robespierre estaba sentado con un codo apoyado sobre sus rodillas y la cabeza descansando sobre una mano; disparóle Meda un pistoletazo que le fracturó la mandíbula inferior y le hizo caer debajo de la mesa. Saint-Just suplicó á Le Bas que pusiese término

(1) Th., VI, 482. Mig., II, 344. Meda, *Revl., Mem.*, XLII, 383. *Hist., de la Conv.*, XV, 198.

á su vida. "Cobarde, sigue mi ejemplo," dijo-le, y se voló el cráneo. Encontróse á Couthon debajo de una mesa haciendo débiles esfuerzos para herirse con una daga que no tenía el valor de enterrarse en el corazon. Coffinhal y el hermano de Robespierre se arrojaron por las ventanas, pero fueron prendidos en el patio interior del edificio. Henriot habia sido precipitado por Coffinhal del primer piso; pero á pesar de haberse magullado y mutilado todo con la caída, hizo por arrastrarse hasta la entrada de un albañal, de donde fueron á sacarle las tropas de la Convencion (1).

Creyéndose que Robespierre y Couthon estaban muertos, arrastróseles de los pies hasta el muelle Pelletier, donde se tuvo la idea de arrojarlos al rio; pero habiéndose observado al amanecer, que aun respiraban, tendióseles en una tabla y condujoseles á la asamblea. Habiéndose negado á admitirlos en su pre-

Espantosa escena que se representó en el acto de la prisión de los sediciosos.

(1) Lac., XI, 117. Mig., II, 345. Th., VI, 454, 455. Meda, *Revol., Mem.*, XLII, 385. Levasseur, III, 154. Toul., IV, 390.

Muchos autores aseguran que Robespierre se disparó un pistoletazo. Cierta es que tenia en la mano una pistola, pero Levasseur de la Sarthe, y Meda, que fueron los gendarmes que le prendieron, convienen en decir que un tiro que le disparó el último de los citados, fé el que le fracturó la mandíbula.—Véase á Levasseur II, 154. Meda, 390.

sencia los miembros de esta corporacion, presentóseles ante la comision de Seguridad general donde permaneció Robespierre por espacio de nueve horas, tendido en la misma mesa donde habia firmado las órdenes de muerte contra tantos ilustres ciudadanos, desangrándosele su fracturada mandíbula y padeciendo físicamente y tambien en lo moral á consecuencia de las maldiciones y ultrages que le dirigian cuantos á su proximidad se hallaban. Todo el tiempo que duró esta atroz tortura, manifestó una apatía estóica; arrojaba por la boca espuma que limpiaban por humanidad algunos de los circunstantes; pero su dedo conservábase fijo, con una convulsiva energía, en el gatillo de la pistola que no habia tenido valor de descargar [1]. De allí fué remitido á la consergería, donde se le encerró en el mismo calabozo que habian ocupado Danton, Hebert y Chaumette. Por fin, hizo se le comparecer en union de todos sus secuaces ante el tribunal revolucionario, y este le sentenció á muerte tan luego como hubo verificado la identidad de las personas [1].

A las cuatro de la mañana del día 29 de Julio hallábase en movimiento todo Paris para presenciar la muerte del tirano. Hallábase colocado en el carro entre Henriot y Couthon, cuyos restos estaban

Recibe la muerte Robespierre en union de Sain-Just, Henriot, Couthon y todos sus secuaces.

[1] Hist. de la Conv., IV, 203. Levas., III, 155. Riouffe, 70. Mem., XXIII, 70. Mig., II, 345. Meda, Rev., Mem., XLII, 386. Th., VI, 456. Lac., XII, 118, 119.

tan mutilados como los suyos; la muchedumbre, que desde mucho tiempo hacia, no presenciaba ya las ejecuciones, ostentaba una bulliciosa alegría por la muerte de los sediciosos. Condujoseles á la plaza de la Revolucion; hallábase erigido el patíbulo en el sitio mismo donde habian sido sacrificados Luis XVI y María Antonieta. La sangre que arrojaba Robespierre por la mandíbula, pasaba la venda que tenia y le empapaba el vestido; tenia el rostro mortalmente pálido. Cerró sus ojos para no ver, pero no pudo cerrarse los oidos para no escuchar las imprecações que le lanzaba la muchedumbre. Una muger, atravesando por entre la turba, exclamó: "Asesinos de todos mis parientes, vuestra agonía me regocija: bajad á los infiernos cubiertos de las maldiciones de todas las madres de Francia." Ejecutóse antes que á él, á veinte de sus compañeros; al subir al cadalso arrancóle el verdugo la venda del rostro; entónces bajósele al pecho la mandíbula y arrojó un alarido que sobrecogió de horror á todos. Por espacio de algunos minutos túvose á la espectacion de la muchedumbre á aquella espantosa figura, hasta que fué colocada bajo los filos de la hacha su cabeza, y los últimos ecos que percibieron sus oidos fueron los de la gozosa algazara que se prolongó todavía por espacio de algun tiempo, despues que hubo recibido la muerte [1].

[2] Mig. II, 346. Hist. de la Conv., IV, 213. Toul. VI 319. Th., VI, 457; Levas., XI, 120. Lvas.

En compañía de Robespierre decapitóse á Henriot, Couthon, Saint-Just, Dumas, Coffinhal, Simon y demas caudillos de la sedicion. Saint-Just fué el único que desplegase la firmeza que con tanta frecuencia se veia en las víctimas que enviaran al cadalso. Couthon lloró de terror; los demas murieron profiriendo blasfemias que se perdian entre los gritos de alegría que arrojaba el pueblo. Los concurrentes derramaban lágrimas de contento, abrazábanse con enagenamiento unos á otros, y agolpábanse en derredor del cadalso para contemplar los ensangrentados restos de los tiranos. "Sí, Robespierre, existe un Dios," dijo un mendigo al acercarse al cadáver de aquel que habia infundido tanto terror poco antes. Todos los que se hallaban presentes consideraron su caída como un evidente testimonio de la existencia del Omnipotente [1].

Tal fué el término de la época del terrorismo, intervalo que nos presenta mas interes político que cuantos otros han existido de la misma duracion que él, desde la creacion del mundo. Jamás se conoció período en que obtuviese un triunfo mas completo el pueblo, ni se viesen mas abatidas las clases superiores bajo el impulso de las ínfimas. Habíase derrocado al trono, distraídose al altar y arrojádose en el polvo á la aristocracia; los nobles gemian en el destierro, gemia en

Reflexiones sobre el reinado del terrorismo.

intervalo que nos presenta mas interes político que cuantos otros han existido de la misma duracion

(1) Lac., XI, 120. Mig., II, 346. Th., VI 457.

las cárceles el clero, y estaban sumergidos en la afliccion los individuos distinguidos de la clase media. Habíase esgrimido sobre todas las condiciones del Estado una indisoluble cuchilla, que destruía á la vez la magestad de la nobleza, el esplendente brillo del talento y los encantos de la hermosura. Cuanto habia que se sobrepusiese á la clase menesterosa en posición, bienes de fortuna ó conocimientos mentales, habia desaparecido; la indicada clase habia triunfado de sus opresores, apoderándose de sus posesiones y elevándose hasta su esfera. ¿Y cuál habia sido la consecuencia de esto? El establecimiento de una tiranía mas cruel y repugnante que cuantas haya resentido hasta nuestros dias la especie humana; la destruccion de todos los beneficios y goces de la vida; y en fin, el horrendo espectáculo de los arroyos de sangre que corrieron por toda la estension de la Francia. Los primeros amigos, los mas entusiastas defensores, los mas firmes apoyos del pueblo, fueron indistintamente desapareciendo, á la vez que sus mas irreconciliables enemigos; en la lucha desigual que se trabara, la virtud y la filantropía sucumbieron á los impulsos de la ambicion y de la violencia, y la sociedad se volvió un caos desde el momento en que se operó la destruccion de todos los elementos de que se forma la felicidad pública y privada. Hé aquí los resultados que se obtienen cuando se quiere dar rienda suelta á las pasiones de la muchedumbre; hé aquí el

Prodigioso número de víctimas sacrificadas.

pueblo, fueron indistintamente desapareciendo, á la vez que sus